

# "Nuestro tiempo" - Febrero 1910

En realidad, esta finísima ironía endulza el amargor que produce lo que anteriormente he censurado.

Pero de todos modos, es lástima que un escritor del talento del señor Campión, del que con justicia nos podemos enorgullecer los euskaros, tenga esas simpatías ó debilidades... *nacionalistas*.

De mí he de decir que la sensación de disgusto que me ha producido esta novela ha tenido por causa principal la avidez con que me apoderé de un libro, cuyo título y cuyo autor me hicieron prometer el más grato esparcimiento.

\* \* \*

Otra nota, por último, he de señalar en la novela del Sr. Campión: es una nota que encubre malamente un egoísmo de artista.

Voy á explicarla. El Sr. Campión se muestra enemigo de los progresos materiales de Jayápolis, San Sebastián. Le parece esta ciudad demasiado bella, ó, cuando menos, demasiado atildada, y, sobre todo, demasiado *divertida*. Esa continua organización de festejos, que por cierto constituye uno de los principales atractivos de San Sebastián, y que en mucho la favorece, sin perjudicarla en nada, puesto que siempre se trata de festejos cultos y magníficos, desagrada al Sr. Campión, el cual, sin embargo, pasa largas temporadas en Jayápolis, *la ciudad de la fiesta*. Es más enemigo todavía de los campesinos de la provincia que sueñan con establecerse en la capital, aunque sea para mejorar de posición. Es, en cambio, entusiasta de la vida campestre, de los caseríos típicos—probablemente le indignará que en algunos de esos caseríos luzca ya la luz eléctrica.

Cierto es que el Sr. Campión vive en ciudades, pero es un artista; esto es innegable. Y claro es, como artista le agrada de vez en cuando contemplar lo típico, lo pintoresco, gusta de los contrastes con su habitual vivir. Pero esto es sencillamente un egoísmo, artístico, eso sí, pero egoísmo al fin.

Es algo como si un gastrónomo refinado no quisiera que las gentes dejaran de comer groseros manjares, para cuando por capricho los apetezca él.

Pero, en fin, este egoísmo del Sr. Campión es muy general y disculpable.

¡Ojalá fuese tan fácilmente disculpable *todo*!

POESÍA DEL MAR, por Carlos Fernández Shaw.—Madrid, 1910.

Voy á empezar á hablar de mí—que me perdonen todos,—y digo: entre otras debilidades que no conozco ó que no quiero conocer, tengo una de la que me doy perfecta cuenta y hasta de la que me jacto: la debilidad de juzgarme entendido en cosas de mar. Que se me discutan y aun que se me nieguen mis aptitudes literarias, es cosa que me deja en la mayor in-



"Nuestro tiempo" febrero 1910

diferencia. Escribo de literatura porque no me he ejercitado en otra profesión; pero no me costaría trabajo abandonarla, si pudiera. Con mi franqueza excuso lo que tal vez tenga de indiscreta esta confesión. Pero así es, repito, que no me molestan las censuras de que pueda ser objeto como escritor.

En cambio, me contrariaría grandemente que se pusiera en tela de juicio mi suficiencia marítima, como aficionado, por lo menos, y más que mi suficiencia, mi sentimiento de la mar.

Pertinente es, aun cuando no lo parezca, mi declaración en este momento. Acabo de leer un libro que se titula *Poesía del mar*, y lo he leído, más que como *amateur* de cosas de literatura, como *amateur* de cosas de mar. En el anterior libro de Fernández Shaw, *Poesía de la sierra*, me limité á admirar sus versos, y, en consecuencia, exterioricé mi admiración. En *Poesía del mar* he procurado, en la primera lectura, no dejarme cautivar por los siempre admirables versos de su autor; he querido, en primer término, cerciorarme si esa poesía del mar respondía á mi sentimiento del mar. No se vea en esto un alarde de inmodestia, puesto que mi sentimiento, como tal, no es una elaboración de la inteligencia, sino un simple instinto nacido en mí, á orillas del mar, cuando mis ojos y mis oídos se abrieron á la contemplación y al rumor del Océano. Podré equivocarme, con equívoco hartó á menudo en mis opiniones literarias; no creo equivocarme nunca en cuanto á mis sensaciones del mar.

Pues bien; el nuevo libro de Carlos Fernández Shaw me ha transportado durante su lectura á aquellos parajes que tanto amo, con los que incesantemente sueño en los largos períodos en que, por mi desgracia, me veo de ellos alejado. Los versos de la *Poesía del mar* han sido para mí como frescas bocanadas de salobre brisa, como aleteos rumorosos de gaviotas, como lánguidos murmullos ó bruscas imprecaciones del mar en su constante cuanto inconstante trato de la tierra, como gratos chapoteos de remos, como musitaciones de estelas, como suaves gemidos de conchas, como rítmicas salomas; ellos me han hecho ver, en el recuerdo, planicies onduladas de cobalto, cárdenas montañas fugitivas, olas con penachos de encajes cándidos y senos de esmeralda, espirales de humo que se hunden tras el misterio de lo infinito, velas arrogantemente henchidas, cabrilleos que, al sol, deslumbran y que, de noche, intimidan; matices de realce, fosforescencias vagas; ellos me han traído el sano olor á yodo, las picantes aromas de las algas y los líquenes, de las arenas mojadas y de las rocas musgosas; ellos, en fin, me han transportado con su encanto junto á la mar amada; ¡benditos sean! ¡bendito sea ese mágico poder de un poeta incomparable!

Mucho admiraba y mucho quería á Carlos Fernández Shaw; á mi admiración y mi cariño júntase hoy una gratitud sin límites. Él me ha proporcionado uno de los mayores contentos de mi vida; él ha endulzado mis nostalgias haciéndome vivir un hermoso sueño, tan hermoso como una hermosa realidad. Y ese sueño puedo ya soñarlo cuantas veces quiera. Así, por ejemplo, abro el libro y leo:

Cielo y mar.

¡La alta mar! ¡Qué distantes, cuán distantes las costas!  
¡La alta mar! ¡El Atlántico, frente á frente del cielo!  
¡La alta noche! La noche, con un cielo tranquilo,  
que, sin luna, destaca mucho más sus luceros...

—  
¡Oh, cuán bellas, cuán libres, tales aguas, á solas!  
¡Oh, cuán fuerte, cuán libre, tanta mar, á sus anchas;  
reflejando las luces de las blancas estrellas,  
en las plácidas ondas de sus límpidas aguas!...

—  
¡Oh, los cielos, cuán limpios, en que tiemblan los mundos,  
á millones luciendo, y á millones girando;  
con temblores de múltiples, misteriosos afanes;  
nunca, nunca gozosos; nunca, nunca saciados!

—  
¡Oh, la imagen del cielo, por el mar en sus ondas;  
en las ondas, las blancas, las radiantes estrellas;  
como flores de pétalos rutilantes y leves,  
como flores de luces que en las aguas nacieran!

—  
Blanda sopla la brisa, con amable ternura.  
Sólo un buque recorre tanta mar, á lo lejos...  
No se mueven, apenas, las densísimas ondas.  
Sobre el mar, y en los aires, se eterniza el silencio.

—  
¡Cuántas ondas, á miles, á millones!... ¡Cuán puras!  
¡Qué de estrellas, á miles, á millones!... ¡Cuán blancas!  
¡Ah, que paz en las ondas! ¡Ah, que paz en los aires!  
¡Ah, que paz en los orbes! ¡Cuán solemne! ¡Cuán larga!

—  
Frente á frente se miran, á través del espacio,  
las bellísimas ondas, los hermosos luceros;  
mientras copian las aguas, en su límpido fondo,  
los rosarios de luces de los mágicos cielos.

—  
¿Qué preguntan los mares, á los cielos, tan altos?  
¿Qué preguntan sus ondas, en la noche callada?  
No responden los cielos. No responden los mundos.  
No transmiten respuestas á las tímidas auras.

—  
¡Oh, silencio infinito de los aires, tan leves!  
¡Oh, infinita belleza de los cielos purísimos!  
¡Oh, perennes preguntas de la Mar á los Cielos!  
¡Oh, perenne grandeza del Misterio infinito!...

Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

"Nuestro tiempo" - febrero 1910

¡Y oh, poder, el que todo lo descubre y lo sabe:  
cuanto ignoran los mundos, cuanto inquietan los hombres!  
¡El de Dios, infinito, que gobierna los mundos,  
en la paz de los cielos, y en la paz de los orbes!...

¡Ay, de "La Carmen,,!

Sobre las crestas de grandes olas,  
salta la nave, la pobre nave;  
rotos los palos del aparejo,  
roto el velamen.

Es, ¡ay! *La Carmen*; goleta pobre,  
que hará dos meses zarpó de Cádiz.  
y que ha dos meses lucha, sin tregua,  
sobre las olas, contra los aires;  
contra los tiempos, siempre trocados  
en temporales...

¡Sálvala, sálvala, Tú, su Patronal  
¡Sálvala, sálvala, Virgen del Carmen!

Ya sin gobierno, la nave corre;  
la débil nave  
que allá en sus tiempos de buena vida,  
cien y cien veces,  
feliz entonces, llegara á Cádiz.  
Muertos de angustia, junto á las bordas,  
van amarrados sus tripulantes.  
A Dios elevan los turbios ojos;  
á Dios que, al cabo, sus vidas salve...

Los palos crujen;  
roto en jirones, cruje el velamen.  
Claman airados el Mar y el Viento.  
¡Bregan y luchan los dos Titanes!  
¡Y ay, que en su lucha la nave muere...!  
¡Virgen! Mi Virgen! ¡Ay de *La Carmen*!

Se hundió de pronto la nave, muerta.  
¡La pobre nave!  
Bajo las aguas al fin se hundieron  
los rotos palos y el gran velamen;  
sobre las bordas,  
muertos de angustia, los tripulantes.  
Las olas crecen... El viento arrecia...  
¡Siguen su lucha los dos Titanes!...  
Sobre las olas, ni leves rastros  
dejó la nave...  
¡Pobres marinos! ¡Logren sus almas  
la Gloria eterna!  
¡Sálvalos, sálvalos. Virgen del Carmen!

Y así todo este peregrino libro.



Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.



Montagu



## LA CASA DESHABITADA

Pues sabrás, Inés, amiga,  
 que el portugués cayó enfermo...  
 Sabrás, Inés, camarada  
 tan feliz del tiempo viejo,  
 que sufro, por los quebrantos  
 inevitables del tiempo,  
 de modo tan prematuro,  
 con rigores tan aviesos,  
 que ya soy un medio anciano...  
 que está partido por medio.

Viví con tan locas prisas,  
 con tan loco desaliento,  
 tan sin temor á los hombres,  
 tan sin cuidados ni frenos,  
 que en vez de estar en la cumbre  
 de la vida, satisfecho,  
 por las cuestas que conducen  
 á la vejez caigo y ruedo,  
 y me consumo y acabo,  
 me precipito y estrello.

¡Qué lejos están los días  
 de la juventud! ¡Qué lejos!  
 Las ilusiones del mozo,  
 los juveniles arrestos,  
 el vivir sin aprensiones  
 y el dormir sin malos sueños,  
 —con esperanzas alegres  
 y sin amargos recuerdos;—  
 ¡tantas grandes alegrías  
 y tantos goces intensos!  
 ¿cómo pasaron tan breves,  
 gentil Inés? ¿Qué se hicieron?

Apenas transcurre un día  
 sin robarme, cuando menos,  
 una ilusión de las viejas,  
 un vigor de los pretéritos;  
 con que me miro, tan flaco  
 de razón como de cuerpo

sin fuerzas para la vida,  
 sin vida para el aliento.

¿Qué más? En mi pobre boca  
 vivos dolores, perversos,  
 de modo tal se albergaron,  
 con fuerza tal se impusieron  
 (cuadrilla vil de bandidos  
 á daños sin fin dispuestos),  
 que aquí la tienes...—perdona  
 tan senil ofrecimiento,—  
 desnuda, deshabitada,  
 —quiero decirte sin huesos;—  
 cual hogar abandonado,  
 cual morada sin sus dueños;  
 así te lo digo, en broma...  
 por no cavilar en serio.

¡Ay de mis dientes, un día  
 tan rozagantes y tersos!  
 ¡Ay, de mis firmes colmillos!  
 ¡Ay, de mis molares recios!  
 ¡Ay, ~~ay~~ que mis dolores siguen,  
 sin que pudieran con ellos  
 los forceps, tan inhumanos,  
 que con los dientes pudieron.

Por mí, descansad tranquilos,  
 bueyes, vacas y corderos;  
 vivid sin cuitas ni afares  
 las terneras y los cerdos;  
 no padezcáis, las gallinas  
 y los pollos, ni un momento.  
 Nunca os darán fiera muerte  
 por razón de mis deseos.  
 En balde querré gustaros  
 en la sazón de comeros.

¿Recuerdas, mi dulce amiga,  
 —mi amiga del tiempo viejo,—  
 cuál se alegraban mis ánimos

en los banquetes soberbios?  
 ¿Cuál mi boca, para el goce  
 del buen manjar succulento,  
 regalo de Dios, ponía  
 todas sus piezas en juego?  
 Bien pago mis claras horas  
 en horas de trances negros;  
 cuando las ganas me acuden,  
 cuando mis armas requiero  
 y en vano mis armas busco,  
 ya que sin ellas me encuentro.

¡Pobre hogar abandonado,  
 pobre morada sin dueños,  
 pobre boca desdentada:  
 sirve, siquiera, de ejemplo,  
 y al hombre di cuál se purgan  
 los temerarios excesos!

En tanto, mi dulce amiga,  
 no frunzas el entrecejo.  
 Toma cuanto digo en chanza.  
 ¡No vale tomarlo en serio!  
 Chanzas y bromas acaben  
 con los malos pensamientos,  
 y con mieles de esperanzas  
 tantas penas endulcemos.  
 Blandas son tan ricas mieles.  
 Son compasivas al menos.  
 Tal como estoy las disfruto.  
 Sin dientes las paladeo.

Con que termina el romance.  
 Perdona tú sus defectos.  
 Es natural que mis faltas  
 se traduzcan en mis versos,  
 y es justo que no le falten...  
 ¡já quien le falta el aliento!

Carlos FERNANDEZ SHAW.



OVIN 387

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA  
Y AMERICANA

LA MODA ELEGANTE

DIRECTOR:

Alejandro Morceno y Gil de Borja

REDACCIÓN

8- Marzo - 910

**Poesía del mar.**— Con gran relieve, por propio mérito, descuella entre los líricos españoles contemporáneos Carlos Fernández Shaw, autor de esta obra.

Fernández Shaw ha conquistado grandes aplausos como periodista, como dramaturgo, como sainetero; pero sobre todos sus aspectos y matices intelectuales destaca su personalidad de poeta.

Recientes aún sus triunfos, obtenidos con el hermoso libro *Poesía de la Sierra*, laureado por la Real Academia Española con el «premio Fastenrath»; más recientes aún las alabanzas dedicadas á *La vida loca*, Fernández Shaw, luchador incansable, da á la estampa este tercer volumen de poesías.

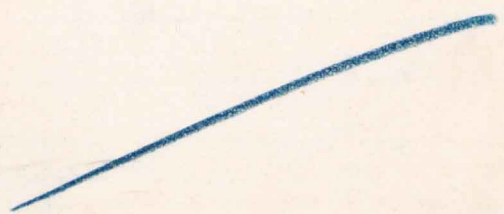
Hay en el presente libro—que constituye un acierto de artista en plena madurez de talento y de producción—soberana belleza de ideas, galanura y delicadeza de forma, imágenes brillantes y emoción dulcísima, nacida de la contemplación de la grandeza del mar y del espectáculo de la vida y de las batallas que con el mar sostienen los marineros y los pescadores.

Dentro del clasicismo, palpita en esta obra un espíritu moderno lleno de amor, de piedad y de entusiasmo.

Fernández Shaw ha puesto en sus estrofas pensamientos altos y sentimientos hondos, troquelándolos en limpios y sonoros versos castellanos.

*Poesía del mar* es drama y es idilio, es luz y sombra, es—como justamente afirma su autor—una sucesión de cantos, «cual ondas varias del mar inquieto, bien diferentes en la apariencia, pero en el fondo con vida igual.....».

Y en el fondo y en la apariencia, cual el mar al cielo, reflejan estas canciones otro cielo: el del Arte inmortal.



Legado Carlos Fernández Shaw, Biblioteca. FJM.